

# EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.<sup>a</sup> SERIE ✧ BARCELONA, febrero de 1896 ✧ NÚMERO 72

ADVERTENCIA.—En el número 76 ó 77 terminará la preciosa obra *Las Minas del Rey Salomón*, así como la publicación de este semanario



EN ORACIÓN



## NUESTROS GRABADOS

### EN ORACION

Cada uno tiene su modo de matar pulgas y de entender la devoción; pero convengamos en que hay mucha diferencia entre las extravagancias de cultos como el á que se refiere la lámina, y las serias y majestuosas ceremonias del culto católico. Después de todo, no es extraño que la verdad y la mentira hasta en su aspecto exterior se diferencien.

### CIERVOS EN EL BOSQUE

El instinto de los animales no sólo suple en ellos muchas veces á la inteligencia del ser racional, sino que en ocasiones la supera.

Clara prueba de ello son los ciervos que puede ver el lector en la correspondiente lámina.

Mientras el uno de ellos satisface necesidad tan apremiante como la de la sed, el otro, con la cabeza erguida y el oído atento, vigila para evitar una sorpresa, ya por parte de alguna hambrienta fiera, ya por la de algún implacable cazador.

Cuando el primero haya bebido, le reemplazará el otro, y aquél ocupará el puesto que ahora tiene éste. Así ambos habrán aplacado la sed y se habrán prestado mutua protección.

### FRENTE A FRENTE

John Milder era un rico propietario del Estado de Massachusetts, en los Estados Unidos, cuando esta nación distaba mucho de haber adquirido el desarrollo que hoy tiene.

Por eso John Milder, llevado de su espíritu aventurero y... ¿por qué no decirlo?... de su afán de lucro, de su deseo de hacer en poco tiempo una cuantiosa fortuna, había ido á establecerse á aquel casi desierto territorio entonces, y cuidaba mucho de que ninguno de sus cuatro tiernos hijos se alejasen de la hacienda donde residía toda la honrada familia.

Pero su vigilancia se estrellaba muchas veces ante la travesura de sus vástagos, dotados del mismo espíritu aventurero que distinguía al padre.

Una tarde de las más calurosas del rigor del estío, John Milder, abrumado por lo fuerte de la temperatura, quedóse dormido profundamente, y otro tanto aconteció á su esposa.

Los tres hijos pequeños se hallaban entretenidos en el jardín que rodeaba la casa, y el mayor, Edward, aprovechó tan favorable oportunidad para dar expansión á su ánimo.

Burlando la vigilancia de los criados del colono, fué á la habitación de éste, cogió el arma que su padre solía usar para ir de caza, é, imitando á éste, se lanzó resueltamente al bosque, bien decidido á no regresar sin llevar algún testimonio de su habilidad y arrojo cinegéticos.

Pero, al parecer, se hallaba de mala suerte.

Largo rato anduvo por entre la espesa enramada, sin que se le ofreciera ocasión de descargar su arma sobre ninguna pieza.

De pronto llegó á sus oídos un rumor que le causó una emoción agradable.

Algo removía la hojarasca, cerca de él. Algo se agitaba entre los arbustos, produciendo un sonido no muy fuerte, pero lo bastante para que no le pasase inadvertido.

La suspirada caza se hallaba allí, sin duda alguna.

El joven, temeroso de espantarla, preparó su escopeta y se detuvo.

Pocos momentos haría que se hallaba en aquella posición expectante, cuando el rumor en cuestión que se había ido aproxiando cesó de pronto.

La esperada pieza salió de entre la hojarasca y se mostró en terreno libre...

¡Y Edwards sintió que se le erizaban los cabellos, que un sudor frío bañaba su frente y que sus piernas flaqueaban, á la vez que el arma estaba á punto de escaparse de entre sus manos!

La suspirada pieza era una enorme serpiente que, apenas hubo salido de entre los matorrales, apenas hubo visto á su enemigo, acosada por el hambre, tomó una actitud hostil.

Edwards, fascinado ante aquella horrible aparición, no tenía fuerzas ni para huir ni para hacer frente á su terrible adversaria, que avanzaba hacia él sin dejar de silbar.

Por fortuna, Edwards tuvo una inspiración feliz.

Cerró los ojos, escapó así por un instante á la fascinación que sobre él ejercía el espantoso ofidio, y cuando volvió á abrirlos se halló sereno y se puso á la altura de la situación.

Dando un paso atrás, apuntó á la cabeza de la serpiente, y de un balazo la derribó en tierra mortalmente herida. Luego, sin temor á los latigazos que el animal sacudía en las últimas convulsiones, arrojóse sobre él valientemente, y de un par de culatazos aplicados con vigor y fortuna coronó su victoria.

Cuando el reptil dejó de agitarse, Edwards, orgulloso con su triunfo, lo cogió y, no sin trabajo, logró conducirlo á la casa paterna.





CIERVOS EN EL BOSQUE





FRENTE Á FRENTE

---

=ADMINISTRACIÓN: RAMÓN MOLINAS, EDITOR: PLAZA DE TETUÁN, 50. BARCELONA=

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA.—NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA